

# **ACERCA DEL ESQUEMATISMO: UN APORTE AL DEBATE CON NUESTROS CRÍTICOS**

GABRIEL MIASNI

## **ESQUEMATISMO E HISTORIA.**

El aplastamiento de la rebelión de Kronstadt y el declive de la democracia soviética, el fracaso de la Acción de Marzo y el aislamiento de la URSS, el triunfo del socialismo en un solo país y la bolchevización de los Partidos Comunistas de la Komintern, el Informe Secreto al XX Congreso del PCUS y la ruptura sino-soviética, el final de Comuna de Shanghái y la triple alianza, la invasión de Checoslovaquia y el eurocomunismo y, finalmente, el traidor de Yeltsin y la bancarrota del bloque del Este. Durante mucho tiempo, señalar uno de estos acontecimientos como el momento en que se jodió el comunismo suponía la adscripción a una de las familias herederas de Marx. La adscripción a una de estas familias implicaba no sólo un juicio sobre la experiencia histórica del proletariado

revolucionario, sino también una propuesta estratégica y táctica específica. Diferencias sobre la táctica sindical o parlamentaria, sobre la cuestión colonial, nacional o de la mujer, sobre el modelo de partido o la línea militar, sobre la caracterización de la URSS o de la sociedad de transición, a menudo motivaban agrias rupturas.

Los grupos resultantes de estas rupturas constituyeron sectas homogéneas ideológica y políticamente que reivindicaban y se disputaban el verdadero legado de sus revolucionarios de referencia. Disputa que adoptaba la forma de una exégesis obsesiva de sus textos. Cuando algún grupo se atrevía a plantear la necesidad de actualizar el marxismo eran señalados como revisionistas, renovadores, modernizadores o actualizadores. Para los ortodoxos, la única garantía contra la degeneración de la teoría revolucionaria era una concepción dogmática de esta. A su vez, el esquematismo, que se limita a hacer de las experiencias revolucionarias en un patrón abstracto que se aplica mecánicamente a la realidad concreta, era la garantía de su impotencia política. Para los revisionistas, en cambio, actualizar el marxismo era sinónimo de renunciar a los elementos invariantes del programa comunista: el proletariado como sujeto de su autoemancipación y de la emancipación de la humanidad; el Partido Comunista como forma orgánica del proletariado revolucionario; la destrucción del Estado capitalista como momento clave para quebrar el poder del capital; el Estado-comuna o Estado socialista como forma política de la sociedad de transición; y el comunismo como modo de producción asociado. Con la renuncia a estos objetivos estratégicos y a sus implicaciones tácticas, promovida por una pulsión activista y taticista en periodos de repliegue, la integración en la izquierda del capital era cuestión de tiempo.

La proliferación de pequeños grupos cohesionados y homogéneos no hubiese tenido lugar sin tres factores que bloqueaban la posibilidad de trascender los límites con que se había topado la revolución proletaria mundial: el estanca-

## ACERCA DEL ESQUEMATISMO

miento del proceso revolucionario en la URSS; la relación de los comunistas con la historia del comunismo y la identificación del marxismo revolucionario con la experiencia soviética. Expongamos brevemente cada punto:

En primer lugar, el estancamiento del proceso revolucionario en la URSS fue, esencialmente, la expresión del fracaso de su expansión a Europa occidental. La eliminación de la disidencia externa (e interna) al PCUS, la fusión de Partido y Estado, la limitación de la democracia soviética, la reducción de la construcción del socialismo a una centralización de la propiedad por parte del Estado y la priorización del mantenimiento del poder en un país frente a la internacionalización de la revolución son algunos de sus síntomas.

Según las previsiones de Lenin, la revolución comenzaría por el eslabón más débil de la cadena imperialista y continuación se expandiría al resto de Europa, haciendo del proletariado ruso la vanguardia de la revolución mundial y permitiendo a este país semifeudal saltarse el duro camino del desarrollo capitalista. Por ello, el aislamiento del primer Estado socialista de la historia, situado en un país de grandes dimensiones, pero fundamentalmente campesino, dejó sin una hoja de ruta definida a la dirección del PCUS. Las discusiones a lo largo de los años veinte son un claro reflejo de esta desorientación. Quizás, quien mejor la encarnó fue Bujarin, que pasó de criticar el Tratado de Brest-Litovsk, siendo el representante de los jóvenes comunistas de izquierdas afincados en Moscú, porque dificultaba la extensión de la revolución en Europa occidental, a defender el socialismo en un solo país, ya convertido en el principal teórico del centro y la derecha del PCUS<sup>1</sup>. La situación era compleja: desarrollar las fuerzas productivas — reducidas dentro del bolchevismo a su dimensión técnica e identificadas con el taylorismo— para construir las bases del socialismo en un país mayoritariamente campesino era una tarea casi imposible sin romper la alianza obrero-campesina que había llevado a los bolcheviques al poder o sin aumentar la dependencia del mercado mundial<sup>2</sup>.

1. Cfr. Cohen, S. F. (2017) Bujarin y la Revolución bolchevique. Biografía política 1888-1938. Siglo XXI.

2. Gran parte de la discusión durante este periodo dentro de la URSS se recoge en: Bujarin, N., Trotski, L. y Zinoviev, G. (2015) El gran debate I. La revolución permanente. Siglo XXI y Stalin, I.; Zinoviev, G. (2015) El gran debate II. El socialismo en un solo país. Siglo XXI y VV.AA. (2022) *El debate soviético sobre la ley del valor*. Dos Cuadros.

La dirección que salió victoriosa de los debates de los años veinte fue quien mejor personificó los intereses de las nuevas capas sociales que emergieron durante el retroceso de la revolución. Primero en la forma de la pequeña y mediana burguesía agrícola (los *kulaks*) y después en la forma de la (no tan) nueva burocracia. Quienes se resistieron a los virajes de la dirección fueron eliminados, haciendo de la disciplina consciente bolchevique una disciplina militar que no permitía la discusión en el seno de la organización, ni fuera de ella<sup>3</sup>. En una fortaleza sitiada no hay espacio para divagaciones. El viejo aforismo se volvía a repetir: la revolución es como saturno, devora a sus propios hijos.

3. Para un análisis exhaustivo de este proceso: Bettelheim, C. (1974). *Las luchas de clases en la URSS: Segundo periodo (1923-1930)*. Siglo XXI.

Entre quienes comparten este balance tan general de la experiencia soviética, existen tres posiciones. La primera, clásicamente trotskista, señala que la URSS es un Estado obrero burocráticamente degenerado. La segunda, propia de las izquierdas comunistas y de grupos díscolos del trotskismo, caracteriza a la URSS como un capitalismo de Estado. Y la tercera, heredera de la sociología weberiana, define a la URSS como un modo de producción alternativo: el colectivismo burocrático<sup>4</sup>. Incluso el antirrevisionismo, surgido tras la desestalinización, acabó también recurriendo a algunas de estas caracterizaciones para definir y explicar la deriva soviética.

4. Por supuesto existen más caracterizaciones y estas incluyen notables diferencias internas. Un recorrido sistemático de las discusiones sobre la caracterización de la URSS en: Van der Linden, M. (2007). *Western Marxism and the Soviet Union: A survey of critical theories and debates since 1917*. Brill.

Durante el pasado ciclo revolucionario, estas posiciones conllevaban unas implicaciones tácticas sobre cómo abordar conflictos entre la URSS y otros Estados (¿defensismo o derrotismo?) o qué tipo de proceso era necesario dentro de la URSS para reorientar su evolución hacia la construcción del socialismo (¿revolución política o revolución social?). Por tanto, la caracterización de la URSS era cuestión con implicaciones políticas profundas e inmediatas.

Hoy esta cuestión, como muchas otras, sólo tiene relevancia para reflexionar sobre la sociedad de transición: sobre la construcción económica del socialismo y sobre sus formas

## ACERCA DEL ESQUEMATISMO

políticas. En este sentido, realizar un balance de esta y otras experiencias, apoyándonos en el legado de las revoluciones del siglo XX, es fundamental para la apertura exitosa de un nuevo ciclo revolucionario, pero no debe ser previa al resto de tareas que exige la recomposición del proyecto comunista.

En segundo lugar, la relación de los comunistas con la historia del comunismo se ha caracterizado, a menudo, por no aplicar el principio básico de la concepción materialista de la historia: “No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia”<sup>5</sup>. La historia es maestra de la vida, pero también constriñe la imaginación de los vivos. Por ello, a pesar de los innumerables y sesudos análisis de las diferentes revoluciones, la centralidad otorgada en muchos de ellos a los grandes hombres y a las decisiones tácticas ha acabado por oscurecer la comprensión de las experiencias revolucionarias. Todos los fracasos de las experiencias revolucionarias son entendidos como fracasos de su dirección traidora, contrarrevolucionaria, revisionista, etc. En cambio, quienes analizaron las experiencias revolucionarias desde el materialismo rápidamente fueron señalados como deterministas y fatalistas. Estas recriminaciones son típicas de momentos de repliegue, como ya señaló Engels:

*Después de toda revolución o contrarrevolución abortadas, los emigrados que se refugian en el extranjero despliegan una actividad febril. Se fundan grupos partidarios de diversos matices, cada uno de los cuales reprocha a los otros el haber llevado el carro al tremedal y los acusa de traición y de todos los pecados mortales imaginables. [...] Como es lógico van de desilusión en desilusión, y como eso no se relaciona con las condiciones históricas ineluctables, a las que no se quiere comprender, sino que se atribuye a errores fortuitos de una u otra persona, las acusaciones recíprocas se acumulan y todo termina en cizaña general<sup>6</sup>*

5. Marx, K. (2008). Contribución a la crítica de la economía política. Siglo XXI, p. 5.x

6. Engels, F. (1980[1874]). “El programa de los emigrados blanquistas de la Comuna”. En: *Obras Escogidas de C. Marx y F. Engels*. Vol. 2, pp. 401-408. Editorial Progreso.

Buscar en la historia lo que podría haber sido es una labor edificante, pero a menudo nos encierra en un círculo vicioso y nos hace incapaces de salir de la propia discusión. No debemos juzgar nuestra historia desde este punto de vista para no repetir errores, ni tampoco desde un ideal de lo que el comunismo debería ser, al cual nuestra práctica nunca se podrá adecuar, sino que debemos analizar la condiciones que permitieron la apertura del anterior ciclo revolucionario y determinaron su desarrollo, subrayando nuestra distancia respecto de dichas condiciones y extrayendo aquellas lecciones que puedan tener una validez para el presente<sup>7</sup>. Sólo así podremos escribir nuestra historia.

7. Un debate sobre la forma de abordar la historia del proletariado revolucionario se puede encontrar en: VV.AA. (2008). "Preliminary Materials for a Balance Sheet of the 20th Century". *Endnotes 1*.

Durante demasiado tiempo aquellos que se reivindican comunistas han gastado sus energías en discusiones parroquianas disputando el verdadero legado de tal o cual revolucionario sin una voluntad de mejorar posiciones. Cada corriente y tendencia ha realizado un balance de las experiencias revolucionarias, pero este necesario balance, convertido en una esquemática propuesta estrategia y táctica, ha sido aplicado en todo tipo de contextos y situaciones sin atender a los profundos cambios de las últimas décadas, que provocan que estas discusiones hayan perdido el escaso sentido que tuvieron. Cuando la realidad se resiste a adecuarse a estos esquemas formales, la culpa siempre es de algún agente externo o del jefe traidor de turno y nunca del propio esquema. Los principios más básicos del materialismo y del socialismo científico han quedado olvidados en favor del esquematismo y de una práctica política sectaria. Así, muchas organizaciones se han limitado a sobrevivir durante décadas sin ninguna influencia política.

Por último, la identificación del marxismo revolucionario con la experiencia soviética fue un hecho asentado sobre la propia existencia de la URSS y la Komintern. Esta identificación se producía de diversas maneras. Por un lado, en el sistema de Estados la oposición entre dos bloques tras la Segunda Guerra Mundial servía como un sistema binario que

## ACERCA DEL ESQUEMATISMO

no permitía terceras posiciones. Por otro lado, los grandes Partidos Comunistas y sus organizaciones de masas estaban referenciados y apoyados por el hegemón del bloque socialista. Y, además, estas mismas organizaciones militaban contra las desviaciones izquierdistas y las corrientes renovadoras, relegando a la marginalidad a los pequeños grupos que señalaban las limitaciones que había encontrado la experiencia soviética, dificultando su desarrollo.

Aunque las revoluciones exitosas en países de la periferia rompieron con el modelo de toma del poder soviético, intentaron poner remedio a la burocratización e impulsaron movimientos de solidaridad en el centro imperialista, el paradigma de construcción del socialismo soviético fue hegemónico dentro del movimiento obrero durante el corto siglo XX. Las oposiciones de izquierdas y las corrientes renovadoras que surgieron en los años 60 y 70 propusieron alternativas, pero quedaron relegadas a un lugar subalterno y no consiguieron relanzar un movimiento de escala y alcance internacional como fue la Komintern.

Hoy no sólo se han disuelto buena parte de las condiciones que generaban la identificación entre el proyecto comunista y la URSS, sino que los supuestos sobre las que descansaban las estrategias de la Komintern no existen. El movimiento obrero y las instituciones que lo encarnaban son hoy raquíticas estructuras burocráticas. Los partidos son máquinas electorales. Los grandes sindicatos son meros servicios de mediación y asistencia jurídica. Y el proletariado industrial es una minoría incapaz de servir espontáneamente como catalizador de la clase.

El origen de estos cambios no debemos buscarlo sólo en la derrota de las revolucionarias durante el siglo XX, sino también en las profundas transformaciones que el capitalismo ha experimentado en las últimas décadas. Las condiciones que hicieron posible las revoluciones de la periferia o semiperiferia mundial y las condiciones que permitieron el desarrollo

del socialismo en un solo país fueron las mismas y no son las nuestras. La pérdida de centralidad del trabajo vivo, la crisis del Estado-nación, la terciarización y la financiarización de la economía, la fragmentación de las cadenas globales de valor o la creciente población sobrante abren un nuevo escenario. Este nuevo escenario ha desarticulado la resistencia de las trabajadoras ante la continua ofensiva capitalista. Hoy el proletariado es una suma de individuos con poco en común, y no un sujeto político. En este sentido, los comunistas ya no podemos pensar nuestra actividad política cómo una intervención sobre un sujeto político ya constituido que buscamos radicalizar y reorganizar. No hay un movimiento obrero que se pueda escindir en dos alas como resultado de la intervención de los comunistas.

Asumir la caducidad de los elementos que acabamos de describir exige abordar las discusiones estratégicas desde el presente. Lejos de cualquier intento de deshacernos de nuestra historia o de adoptar una actitud adanista, la recomposición del proyecto comunista requiere apropiarnos críticamente de nuestro legado cribando aquellos elementos que pueden contribuir a relanzar un nuevo ciclo revolucionario. Esta criba sólo puede realizarse desde la crítica radical del capitalismo contemporáneo, entendiendo la crítica no como un proceso teórico y desencarnado, sino como un proceso profundamente arraigado en las luchas de clase actuales y en sus horizontes.

Esta es la tarea que nos imponemos como comunistas en general y como militantes del Movimiento Socialista en particular. Estos son los motivos que explican que no nos hayamos pronunciado sobre todos los debates históricos de la tradición comunista antes de echar a andar.

### **VIEJOS MOLDES PARA NUEVOS PROBLEMAS**

Inevitablemente, la expansión del Movimiento Socialista más allá de las fronteras de Euskal Herria ha llamado la atención de los grupos comunistas emplazados en el Reino



## ACERCA DEL ESQUEMATISMO

de España. Algunos han mostrado su interés, aproximándose discursiva, política y estéticamente a nuestro proyecto; otros, más desconfiados, han optado por el silencio y el cierre de filas; mientras que aquellos con un bagaje teórico más sólido han escogido la crítica de nuestras posiciones.

Los críticos más rigurosos del Movimiento Socialista provienen de una misma familia: el trotskismo. El trotskismo amalgama una serie de partidos e internacionales surgidos tras la fragmentación de la IV Internacional. Aunque las diferencias entre grupos son notables, todos se reconocen en el legado de Trotsky sintetizado en sus críticas a la deriva de la URSS y la Komintern. De estas lecciones se derivan una serie de características que definieron al primer trotskismo: el énfasis en el papel de la burocracia en la degeneración de los partidos, los sindicatos y los Estados obreros, la reivindicación del entrismo o de la táctica del Frente único impulsada por la Komintern tras sus primeros congresos, la propuesta del programa de transición como alternativa a la división tradicional entre programa de mínimo y programa de máximo, la centralidad de la dirección y del Partido en el proceso revolucionario, la defensa de un pluralismo político en el Estado obrero, etc.<sup>8</sup>

Tras los desconsuelos del siglo XX, es habitual que muchos grupos trotskistas hagan una reivindicación testimonial de Trotsky mientras se distancian conscientemente de sus lecciones. Por ejemplo, Anticapitalistas, y el resto de las organizaciones pertenecientes al Secretariado Unificado de la IV Internacional, abandonaron desde hace décadas en la práctica los elementos que caracterizaron a la estrategia y la táctica del trotskismo y del marxismo revolucionario en general: en lugar del proletariado, una desdibujada subjetividad transformadora; en lugar del Partido Comunista de masas, el partido de masas antineoliberal; en lugar de la destrucción del aparato de Estado capitalista, su reforma en un sentido progresista. Quizás los continuos batacazos de las primeras dos décadas del siglo XXI sirvan para que el grueso de las

8. Para un recorrido por la evolución internacional del trotskismo: Bensaïd, D. (2007). *Trotskismos*. El Viejo Topo y Gaido, D. (2022). *Hacia una historia de las tendencias trotskistas después de Trotsky*. Ariadna Ediciones.

capacidades y recursos existentes en esta gran organización internacional vuelvan a reorientar su estrategia.

Otros grupos, donde podemos situar a nuestros críticos, representan una suerte de ortodoxia trotskista, es decir, que continúan reivindicando los principios, los objetivos estratégicos y las tácticas formuladas por Trotsky en uno y otro momento con diferentes matices<sup>9</sup>. Sus críticas, por tanto, son un ejemplo de esquematismo: se presentan como una inadecuación de la estrategia general propuesta por el Movimiento Socialista al canon del trotskismo.

9. Son dos los principales destacamentos trotskistas que han entrado en diálogo con el Movimiento Socialista. Por un lado, la Corriente Marxista Internacional ha publicado en su órgano de expresión Lucha de clases una serie de artículos titulados “Estrategia socialista y poder obrero – Una aportación al debate con el Movimiento Socialista” y, más recientemente, “Crítica al documento «Nueva estrategia socialista» de Mugimendu Sozialista: ¿Es el camino a seguir?”. Por otro lado, la Corriente Revolucionaria de Trabajadores ha publicado en *Izquierda Diario y Contrapunto* varios artículos breves polemizando con el Movimiento Socialista sobre cuestiones concretas, como las revueltas en Francia, las elecciones o las reformas y dos artículos algo más extensos de estrategia general, el más completo titulado “Partido, revolución y socialismo: cinco preguntas y respuestas sobre estrategia socialista”.

Nuestra respuesta podría contener tres aspectos: (1) Explicar la falta de validez práctica, o al menos teórica, de la propuesta elaborada por Trotsky durante las últimas décadas de su vida; (2) mostrar su caducidad; (3) desarrollar nuestra propuesta estratégica para desarticular la exposición de nuestros críticos.

Realizar adecuadamente esta labor me exigiría un enorme esfuerzo y un espacio que escapa a las dimensiones de este artículo. Por ello, me limitaré a señalar tentativamente algunos elementos relativos al Programa de Transición, el Frente Único y los consejos en relación con las críticas a nuestra propuesta política. Vayamos por partes.

### **EL PROGRAMA DE TRANSICIÓN Y LAS REFORMAS**

*El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional* (1938) fue el programa fundacional de la IV Internacional. Como todo programa político de la tradición socialista, el Programa de Transición comienza con una caracterización de la fase del desarrollo capitalista: la crisis histórica. “Las fuerzas productivas de la humanidad han cesado de crecer. Las nuevas invenciones y los nuevos progresos técnicos no conducen a un acrecentamiento de la riqueza material” asegura en sus primeros párrafos. La crisis histórica

## ACERCA DEL ESQUEMATISMO

del capitalismo así definida implica que todas las condiciones objetivas de la revolución proletaria están dadas, por ello, sólo faltan las condiciones subjetivas. La separación radical entre condiciones objetivas y subjetivas salta a la vista. En la conformación de estas condiciones subjetivas la dirección del Partido enfrentada a las burocracias reformistas juega el papel protagonista. Siguiendo este hilo, las tareas de los revolucionarios están claras: más voluntad y más dirección. Audacia, audacia y más audacia.

Por tanto, sobre una concepción problemática del desarrollo capitalista, que habría alcanzado su límite hace ya un siglo y se encontraría en su fase decadente, se construye una concepción errónea de la relación entre ser social y conciencia, combinando objetivismo y subjetivismo, que no dejan de ser dos caras de la misma moneda: si todas las condiciones objetivas están dadas, solo falta que pongamos voluntad de nuestra parte. En definitiva, materialismo vulgar para las masas, que sólo podrían ser adquirir conciencia de sus intereses en grandes guerras y crisis e idealismo para la vanguardia y la dirección que tendría una conciencia preclara, emanada de no se sabe muy bien donde, sobre todo el devenir del proceso revolucionario. La labor de hegemonización y de educación sería poco más que una pérdida de tiempo. El proletariado, así entendido, no tiene que adquirir conciencia de su misión histórica para constituirse en sujeto revolucionario, sino que es reducido a una masa de maniobra, empujada por su estómago vacío, en manos de su Estado mayor —un insignificante y autoerigido partido de vanguardia o una minoritaria burocracia reformista. De esta manera, el factor subjetivo se presenta separado del factor objetivo<sup>10</sup>.

Tras esta caracterización del periodo histórico, el Programa de Transición viene a solucionar la separación radical entre programa de mínimo y programa de máximo dentro de los partidos de la Segunda Internacional, estableciendo una conexión lógica entre demandas inmediatas y el horizonte revolucionario. Son medidas que, sin ser directamente socia-

10. Esta discusión se trata extensamente en *Aufheben* (2024). *La teoría del declive o el declive de la teoría*. Ediciones Extáticas, y, de manera más sucinta, en Caligaris, G. (2018). "Revisitando el debate marxista sobre el 'derrumbe' del capitalismo. Una crítica metodológica". *Izquierdas*, (39), 182-208.

listas, tampoco son meramente democráticas, es decir, buscan mermar el poder de la burguesía, que no tiene margen de maniobra por la situación de declive del capitalismo; aumentar el poder organizado del proletariado contra sus cúpulas reformistas y centristas; y, simultáneamente, responder a las necesidades de la clase. Esta conexión es posible precisamente por la crisis histórica del capitalismo.

Sin embargo, tras la Segunda Guerra Mundial, el modelo de acumulación keynesiano-fordista dio lugar a la Edad de oro del capitalismo, un periodo de crecimiento sostenido sin precedentes. Esta coyuntura hizo que las interpretaciones rigoristas de las demandas transitorias declinasen y en su lugar emergiesen lecturas más laxas. Algunas son indistinguibles del clásico programa de mínimo, mientras otras son indiscernibles del programa inmediato de la revolución. Algunas se asimilaron a lo que André Gorz denominó reformas no reformistas, es decir, reformas que afectan a la reproducción del sistema y refuerzan el poder del proletariado<sup>11</sup>, mientras otras se asemejaron a una mera agitación orientada a elevar la conciencia socialista de la clase<sup>12</sup>.

11. Gorz, A. (1976). *Estrategia obrera y neocapitalismo*. Ediciones Era.

12. Para un recorrido por estas discusiones dentro del trotskismo: Maiello, M. (2022). *De la movilización a la revolución. Debates sobre la perspectiva socialista en el siglo XXI*. Ediciones IPS, pp. 91-134.

Esta proliferación de significados era un síntoma de la crisis del Programa de Transición. Las demandas transitorias contempladas por Trotsky resultaron ser satisfechas por muchos gobiernos, sin que ningún poder obrero organizado forzase al Estado capitalista o se constituyese en Estado obrero. Es más, sirvieron para relanzar un nuevo ciclo de acumulación. Otras demandas, en cambio, fueron inalcanzables sin una situación de ofensiva proletaria, sin romper con el Estado capitalista y la acumulación de capital. Esta crisis del Programa de Transición no sólo se debía a una caracterización equivocada del capitalismo, ni al contenido concreto de las demandas elaboradas originalmente por Trotsky, sino que también bebía de una falta de acuerdo respecto a la ejecución del programa y, por tanto, respecto al Estado capitalista. ¿Cuáles son sus objetivos? ¿Quién impone el programa? ¿En qué condiciones puede llevarse hasta sus últimas consecuencias?

## ACERCA DEL ESQUEMATISMO

En los textos del Movimiento Socialista donde se ha trabajado la cuestión del programa y las reformas se concibe de la siguiente manera. Las reformas son fundamentales para la acumulación de fuerzas del proletariado revolucionario. No puede haber independencia política sin esta mediación: en la lucha por o contra las reformas el proletariado desarrolla su tecnología organizativa, mejora y expande su propaganda política y se educa en la combatividad. Decidir en qué conflictos intervenir, de qué manera organizarlos y qué contenido u objetivo impulsar son decisiones tácticas fundamentales para que la lucha por las reformas no derive en mero reformismo. No hay fórmulas mágicas.

En la *Propuesta Política: Para la lucha y por la vivienda* del Sindicato de Vivienda Socialista de Euskal Herria tenemos el mejor ejemplo<sup>13</sup>. Se combina la propaganda por el Estado Socialista como objetivo estratégico del proceso revolucionario y única garantía de los intereses generales del proletariado; la defensa de las condiciones de vida de la clase mediante la lucha a pie de calle contra los desahucios y demandas concretas que atacan directamente a la ganancia capitalista; y la lucha por la extensión de los derechos políticos como expresión y base del poder del proletario organizado. Son demandas parcialmente posibles bajo un gobierno obrero, si queremos usar esta terminología, o incluso bajo una coyuntura de acumulación capitalista que no es la nuestra, pero que no estarán garantizadas plenamente hasta la destrucción del Estado burgués y la construcción de un nuevo Estado socialista. A la vez, se señalan aquellas reformas impulsadas por ciertos sectores del movimiento por la vivienda y capitalizadas electoralmente por gobiernos socialdemócratas, que ni atacan a la ganancia capitalista, ni mejoran las condiciones para la organización revolucionaria del proletariado, ni señalan la imposibilidad de luchar por el interés general del proletariado, necesariamente internacional, dentro del marco del capitalismo y del Estado-nación.

13. Disponible en: <https://gedar.eus/pdf/etxebizitzaSindikatura/PropuestaPolitica.pdf>.

14. Esta ingeniosa crítica se la debemos a Lotito, D. y Mallo, C. (2023) “¿Qué programa y qué estrategia debemos plantear los socialistas revolucionarios para luchar por la vivienda?” *Contrapunto*. Disponible en: <https://www.laizquierdadiario.mx/Contrapunto-130-26-08-2023>.

15. La idea de superar la división entre programa de máximos y programa de mínimos propia de los partidos de la Segunda Internacional para generar una nueva forma de articulación política no es original de Trotsky, sino que se puede rastrear en los debates de la Komintern. Véase: Gaido, D. (2015) “Los orígenes del Programa de Transición en la Internacional Comunista” *Izquierdas*, (23), 191-214. Además, la necesidad de articular de manera coherente la lucha por reformas con la propaganda comunista para aumentar el poder del proletariado organizado, evitando así la subordinación del programa de máximos al programa de mínimos, está presente ya en los posicionamientos del ala ortodoxa y de izquierda de la Segunda Internacional en el debate con el revisionismo.

16. Gaido, D. (2020) “Paul Levi y las raíces de la política de frente único en la Internacional Comunista” En: Gaido, D. (dir.), Quiroga, M. (dir.), y Luparello, V. (dir.) *Historia del Socialismo Internacional: Ensayos marxistas*. Ariadna Ediciones.

Aquí no hay un maximalismo, ni una vuelta invertida a la separación rígida entre programa de máximos y programa de mínimos<sup>14</sup>, pero tampoco hay una reivindicación del Programa de Transición, pues la articulación coherente de reformas y horizonte revolucionario no es patrimonio exclusivo de la IV Internacional<sup>15</sup> y, sin embargo, es hoy tan necesaria como hace un siglo.

### EL FRENTE ÚNICO Y LA UNIDAD DE CLASE

El frente único se planteó como la táctica para ganar a la mayoría de la clase obrera después de las derrotas, cargadas sobre los hombros del izquierdismo, que siguieron a los primeros dos congresos de la Komintern. Tras un momento de escisiones, ofensiva proletaria, acción directa de masas y varios intentos fallidos de toma del poder, era necesario plantear la convivencia con las grandes organizaciones de masas socialdemócratas y con sus Partidos, que aún encuadraban a la aplastante mayoría del proletariado organizado. Así, la experiencia de Paul Levi y del Partido Comunista Alemán resultaron, a través de un camino tumultuoso, en la adopción en el IV Congreso de la Komintern de las “Tesis sobre la unidad del frente proletario”<sup>16</sup>.

Esta convivencia con la socialdemocracia, que suponía antes que nada la renuncia al derrocamiento violento del orden burgués como objetivo inmediato del Partido, adoptó dos acepciones que se cobijaron bajo el mismo concepto. La primera acepción fue el llamado frente único sindical, es decir, la participación de los comunistas en organizaciones de masas, principalmente sindicatos, no dirigidas formal o materialmente por ellos mismos. El objetivo de esta táctica era asegurar la unidad de acción de la clase proletaria, señalar a sus cúpulas reformistas, hacer propaganda comunista en el seno de las organizaciones y atraer a los sectores más avanzados del proletariado. A su vez, se alejaba del peligro sectario de generar organizaciones netamente comunistas sin nin-

## ACERCA DEL ESQUEMATISMO

guna implantación sería entre el proletariado, como ciertos sindicatos surgidos de la Profintern, la Internacional Sindical Roja. El frente único sindical, por tanto, fue y sigue siendo una táctica fundamental en la labor de unificación de la clase y de hegemonización de la conciencia socialista.

Una segunda acepción refería al frente único político, es decir, la generación de frentes únicos entre partidos socialdemócratas y partidos comunistas para la actividad electoral y parlamentaria. La consecuencia inevitable del frente único político fue la táctica del gobierno obrero, que consistía en el objetivo de formar un gobierno entre partidos comunistas, socialdemócratas y otras fuerzas obreras en un Estado capitalista para armar al proletariado, impulsar el control obrero sobre la producción y acabar con las fuerzas burguesas. En los propios documentos de la Komintern se reconoce que la mayoría de “gobiernos obreros” existentes en ese momento no eran sino gobiernos burgueses vestidos con mono azul<sup>17</sup>. La posibilidad de un gobierno obrero exigiría, por tanto, la hegemonía de los comunistas sobre el resto de los partidos que compusieran el frente único. Y, aun disponiendo de esta situación favorable, dependería del equilibrio de fuerzas del propio Estado capitalista (¿ejército profesional o ejército de leva?) y del lugar del Estado en el mercado mundial (¿país periférico o central?).

Quien más ha reivindicado la táctica del frente único dentro de la tradición comunista ha sido el trotskismo, siguiendo la actitud centrista de Trotsky en muchos de los debates y rupturas que dieron forma al Partido Comunista de Rusia (bolchevique). Esta reivindicación ha sido realizada a menudo en sentido divergentes. Nuestros críticos no son una excepción. La tesis del frente único político convive mal con el entrismo, que promueven ciertas secciones nacionales de la CMI, y no es fácilmente compatible con la independencia política, que acertadamente enfatiza la CRT. En artículos escritos por sus militantes, ambas organizaciones se interrogan sobre la posición del Movimiento

17. Cfr. Arico J. (dir.) (1973). *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*. Cuadernos Pasado y Presente, pp. 186-189.

Socialista respecto al frente único, cuando no nos acusan de rechazar el frente único *por principio*.

La pregunta que cabría hacerse antes de responder sería: ¿Existen hoy las condiciones que justificaban la unidad con las organizaciones de masas de la socialdemocracia y sus partidos? La táctica del frente único se formuló en un momento en el que, a pesar de una relativa estabilización respecto al momento inmediatamente anterior: (1) los sindicatos, cooperativas y mutuas obreras organizaban decenas o cientos de miles de obreros en todos los países europeos y más allá, constituyendo una sociedad paralela; (2) la Komintern desplegaba una actividad febril para generar partidos comunistas a lo largo y ancho del mundo que, respaldados por el impulso inicial de los años 20, conseguían arrastrar detrás de sí a cientos o miles de militantes con una línea política y organizativa definida; (3) varios países de Europa y sus colonias habían sido arrasados por la guerra, lo que había, por un lado, desestabilizado las antiguas jerarquías sociales y debilitado a los Estados y, por otro lado, dotado de conocimientos militares a amplios sectores de la población; (4) el Tratado de Versalles, la inestabilidad política y las dificultades para relanzar la acumulación en varios países generaban graves problemas económicos que azuzaban grandes movimientos de masas contra la miseria. En definitiva, la crisis revolucionaria persistía y la Internacional que podía impulsar y dirigir la lucha de clases en sus subdivisiones territoriales<sup>18</sup>. Aún bajo esas condiciones no fueron pocos los reveses que sufrieron los comunistas al unificar sus esfuerzos con la socialdemocracia, limitando el desarrollo de las luchas por compromisos políticos. No es aquí el lugar para hacer un balance histórico exhaustivo del frente único político. Valga con decir que siempre que no existan las condiciones para que los comunistas dirijan —y aquí dirigir significa subordinar políticamente al programa comunista— el frente único, existe la posibilidad de derivar en una política oportunista y derechista.

18. Para la definición canónica de crisis revolucionaria: Lenin, V. I. (1915) "La Bancarrota de la Segunda Internacional". En Lenin, V. I. (1977). *Obras Completas*. Tomo 22. Akal, p. 310.



## ACERCA DEL ESQUEMATISMO

Hoy podemos afirmar que, al menos en Europa occidental, sólo se da la cuarta condición. Se suceden estallidos a lo largo y ancho del mundo contra la miseria motivados por el empeoramiento de las condiciones de vida. El capitalismo se halla en una crisis histórica. Las tensiones por los recursos y las cadenas de suministro necesarias para afrontar la crisis económica y ecológica no ofrecen buenos augurios. La guerra total, que hoy adoptaría la forma de aniquilación total, vuelve a estar sobre la mesa. Por tanto, los comunistas debemos pensar nuestra acción política en esta coyuntura —volvemos a repetir— de población sobrante; movimientos de masas explosivos, pero poco articulados organizativamente y a menudo interclasistas; crisis política, económica y ecológica; pérdida de centralidad del trabajo vivo y de la identidad obrera; y, por tanto, la ausencia de una línea política y organizativa clara que podamos tomar acriticamente de las tradiciones revolucionarias.

Este breve rodeo sobre el periodo de desarrollo capitalista actual y nuestra coyuntura debería haber dejado claro que no renunciamos a la táctica del frente único *por principio*. También debería haber dejado claro que no se cumplen las condiciones que hacían posible el frente único. La centralidad del frente único sindical en la política comunista ha perdido validez ante el predominio de formas de contestación social sin estructuras organizativas asentadas y con un contenido interclasista, aunque dentro de la arena estrictamente salarial puede conservar validez, a pesar de la crisis del sindicalismo. El frente único político ha perdido el poco sentido que pudiese tener, ya que no hay fuerzas políticas que pudiésemos denominar obreras en un sentido significativo del término. Los partidos con presencia en el parlamento del Reino de España son, sin excepción, representantes del ala izquierda del capital.

A estos factores, se añade la condición de debilidad en la que nos encontramos hoy los comunistas. Tras la caída del bloque del Este, el escaso prestigio con que contaba el co-

munismo desapareció. Durante varias décadas hablar del marxismo y del comunismo fue considerado anacrónico. Sin embargo, la crisis financiera de 2007 despertó de nuevo un interés intelectual y político por el marxismo. Se dio lo que muchos han llamado un resurgir de Marx. Resurgir que a menudo privaba al de Tréveris de su pensamiento político para reducirlo a un mero crítico teórico. Mientras tanto, protestas, revueltas e insurrecciones con nuevos repertorios de acción proliferaron por todo el mundo, dando lugar a nuevas fuerzas políticas, tumbando gobiernos y abriendo procesos constituyentes, que acabaron más o menos donde empezaron. Esta situación ha abierto una posibilidad, pero no hay una causalidad mecánica que vaya a empujarnos a la superación emancipatoria de un capitalismo en crisis.

En la mayoría de los lugares, los comunistas no estamos en condiciones de invertir la relación de fuerzas dentro de los movimientos sociales, ni mucho menos en condiciones de subordinar al programa comunista a otras fuerzas políticas. El frente único sin independencia política del proletariado es la garantía de su dependencia respecto de la izquierda del capital. Lo vemos continuamente en las asambleas de base, plataformas de lucha y coaliciones electorales que se suceden sin éxito y se justifican, por parte de ciertos sectores, como frentes únicos. Por ello, nuestras tareas no pueden coincidir hoy con la táctica del frente único.

Nos encontramos en una fase prepartidaria. Las tareas de esa fase, la fase movimiento, se resumen en el documento recientemente publicado por el Consejo Socialista de Euskal Herria, titulado *Nuevas bases estratégicas para la recomposición internacional del comunismo*<sup>19</sup>: los consejos de la producción y la distribución; los frentes que intervienen en movimientos organizados en torno a opresiones estructurales; la táctica cultural de unificación de destacamentos revolucionarios en base al debate estratégico racional; y la táctica cultural de hegemonización del comunismo entre el proletariado, especialmente juvenil. Esto nos lleva al último punto de esta exposición: los consejos.

19. Disponible en: <https://gedar.eus/pdf/ehks/nuevaEstrategiaSocialista.pdf>

## ACERCA DEL ESQUEMATISMO

### CONSEJOS OBREROS Y CONSEJOS SOCIALISTAS

Los consejos obreros nacieron en la primera década del siglo XX como una nueva forma de autoorganización proletariado al margen sus formas de encuadramiento tradicionales: el partido y el sindicato. Los proletarios que impulsaron estas nuevas formas organizativas eran en su mayoría obreros educados por las grandes tradiciones políticas previas, pero que en un momento de crisis revolucionaria fueron más allá y desbordaron los cauces que les ofrecía el Estado capitalista y sus referentes políticos. La primera aparición de esta nueva forma organizativa se produce en el Imperio Zarista, condicionado por dos elementos fundamentales. Por un lado, el casi nulo desarrollo de la democracia burguesa en la Rusia imperial, que generaba las condiciones para formas de gobierno alternativas. Y, por otro lado, la tradición del mir, que persistía en el campo y con el cual tenían contacto muchos de los obreros recién llegados a las ciudades. El mir era una forma de comunidad campesina, que se conservaba en una Rusia aun parcialmente feudal y que mantenía una tradición de gobierno democrático local. Una vez surgidos, al calor de la revolución rusa de 1905, los soviets, ráte o consejos inspiraron a obreros de todo el mundo con variaciones y matices.

Simplificando al máximo, dentro de los consejos existieron dos vertientes, por un lado, consejos vinculados a la producción, que a menudo se denominaron consejos de fábrica, y, por otro lado, se formaron consejos territoriales con un carácter más político. Los primeros tenían por objetivo la organización de las luchas salariales más allá de los sindicatos y normalmente planteando la cuestión del control obrero de la producción. Esta pretensión de dirigir la producción desde organismos puramente obreros, prescindiendo de capataces y capitalistas, tenía un cierto paralelismo con el sindicalismo revolucionario. Los segundos se presentaban como una forma de poder político del proletariado que cuestionaba el monopolio del Estado burgués, es decir, eran gérmenes de un futuro Estado obrero. Los primeros son organismos para la

guerrilla cotidiana contra el capital y células orientadas a la futura construcción económica del socialismo, mientras los segundos son organismos de nuevo poder. Los comunistas durante este período buscaron impulsar esta modalidad de autoorganización obrera, ya que permitía la unificación del proletariado, prefiguraba la sociedad de transición y permitía hegemonizar sus posiciones en su seno.

La primera vertiente de los consejos dio lugar a una concepción procesual de la revolución, que, distanciándose del evolucionismo kautskiano de corte más estatista e inevitablemente nacionalista, buscaba el progresivo aumento del poder de clase bajo el capitalismo vinculado a la autoorganización en defensa de sus intereses de clase y al control de la producción. En este sentido, los consejos no requerían una situación de crisis revolucionaria, ni indicaban, por tanto, la existencia de una dualidad de poderes en el sentido fuerte del término. Más bien preparaban al proletariado en la gestión y la planificación democrática, que una vez centralizada tras la destrucción del aparato de Estado burgués serviría para la construcción del socialismo. En esta lectura la conciencia socialista es fundamentalmente una expresión del aumento progresivo del poder de clase del proletariado. Esta comprensión de la significación histórica de los consejos fue compartida tanto por el comunismo de consejos, como por el joven Gramsci de *Ordine Nuovo*. Dentro del comunismo de consejos la relación entre estos y los comunistas fue concebida también en sentidos opuestos, desde posiciones que renunciaban a la organización y la intervención activa de los comunistas hasta posiciones que defendían la necesidad de nuevo modelo de Partido<sup>20</sup>.

20. Cfr. Van der Linden, M. (2004). "On council communism", *Historical Materialism*, (14), 27-50.

La segunda vertiente de los consejos se identificó con un momento de dualidad de poderes que apunta hacia la toma insurreccional del poder bajo la dirección del Partido Comunista. Los consejos así entendidos sólo son la forma organizativa del poder proletario territorializado que el Partido debe dotar de un contenido revolucionario. En ausencia de este

## ACERCA DEL ESQUEMATISMO

factor determinante, los consejos pueden ser órganos de la contrarrevolución al igual que los partidos o los sindicatos. La revolución no es una cuestión de formas organizativas. Esta comprensión de los consejos, con ciertos matices, es la dominante en el resto de los grupos que surgieron de la Kominintern: marxistas-leninistas, trotskistas, bordiguistas, etc.<sup>21</sup>

La propuesta del Movimiento Socialista no se identifica plenamente con ninguna de estas tradiciones y propuestas, aunque se apoya en las corrientes más partidistas de la primera vertiente, mientras no niega la posibilidad de que emerjan formas de nuevo poder proletario, que desborden al Partido, en una situación de crisis revolucionaria. Más bien nuestra propuesta bebe de una reflexión sobre la experiencia histórica del proletariado revolucionario y las particularidades del capitalismo contemporáneo. En primer lugar, se identifican ciertos límites de la experiencia soviética. El Imperio zarista gobernaba, mediante un poder despótico, un país atrasado y mayoritariamente campesino. Las condiciones políticas y económicas no permitían la permeabilidad del bolchevismo entre la burocracia estatal y los cuadros medios y técnicos de las empresas, que aún estaban vinculados mayormente a las viejas clases feudales y a la burguesía. Una vez los bolcheviques tomaron el poder fue necesario recurrir a todos estos cuadros para dirigir el nuevo aparato de Estado y las unidades productivas. Estas capas sociales jugaron un rol fundamental en el declive de la experiencia soviética. Hoy, en todos los países del mundo, la situación es diferente: la capacidad del proletariado para regular conscientemente el metabolismo socioecológico es incomparablemente mayor<sup>22</sup>.

En segundo lugar, se apuntan ciertas particularidades que diferencian el poder del capital hoy: su condición infraestructural, logística y supranacional. Esta situación, añadida al Estado integral caracterizado por Gramsci hace un siglo, provoca que no sólo exista una sociedad civil asentada que sirve como un complejo sistema de trincheras que debe ser superado antes de alcanzar al poder del Estado; sino que el poder

21. Para un recorrido por estas posiciones dentro de Rusia y en Italia respectivamente: Anweiler, O. (2023) *Los Soviets en Rusia. 1905-1921*. Ediciones Uno en Dos; y Bordiga, A. y Gramsci, A. (1975). *Debate sobre los consejos de fábrica*. Anagrama.

22. Dos argumentos del último texto publicado por la CMI no pueden dejar de causar perplejidad si se leen seguidos. Primero se critica nuestra tesis de que el fracaso de la experiencia soviética se debe al escaso desarrollo de las fuerzas productivas y después se afirma que recurrir a los cuadros técnicos del Estado y la burguesía no será ya necesario porque esas funciones son hoy desempeñadas por obreros. La contradicción en la que caen los camaradas de la CMI queda clara si partimos del hecho de que la clase revolucionaria es la principal fuerza productiva.

del capital está objetivado en instituciones financieras, infraestructuras y centros logísticos que hacen inútiles muchos de los repertorios de acción previos. Por ejemplo, a un nivel micro, los ataques localizados de la mayoría de los trabajadores son inútiles porque no son capaces de paralizar un gran volumen de capital fijo, mientras aquellos sectores situados en sectores estratégicos son designados, cuando se organizan para defender sus intereses, como egoístas, por su condición minoritaria y privilegiada respecto al resto de la clase. A nivel macro, los “gobiernos obreros”, “gobiernos progresistas” o como les queramos llamar ven continuamente su voluntad doblegada por las leyes del mercado global que se imponen con una necesidad férrea, ya sea por la fuga de capitales, el endeudamiento, el boicot económico o los bloqueos.

La hipótesis de los consejos socialistas como medio para la reconstitución del futuro Partido Comunista y para generar las mejores condiciones para la destrucción del Estado burgués debe ser comprendida desde estas reflexiones. Es una hipótesis sin duda poco ortodoxa. Sin embargo, ninguna ortodoxia ha demostrado la validez de sus propuestas estratégicas en los países centrales del capitalismo contemporáneo.

Por último, debemos subrayar que los consejos (así como los centros socialistas, el Movimiento socialista en su conjunto o incluso un futuro Estado socialista) no se denominan socialistas por su contenido actual, porque sean la encarnación del socialismo aquí y ahora, sino más bien por su orientación o su direccionalidad, es decir, por enmarcarse en un proyecto político determinado, en un programa histórico. El socialismo no debe ser confundido con la distribución gratuita de determinados bienes o servicios, con una suerte de comunalismo, con el control obrero de unidades productivas o recursos, con formas de contrapoder, ni si quiera con la planificación de la economía por parte del proletariado autoorganizado como Estado socialista. Estas formas de organización y medidas sólo pueden constituir momentos necesarios para quebrar el poder social del capital y avanzar hacia la construcción de

## ACERCA DEL ESQUEMATISMO

unas nuevas relaciones sociales. Esta distinción no es nuestra: es la diferencia entre el comunismo como movimiento real y el comunismo como modo de producción asociado<sup>23</sup>.

## PARA ACABAR

La reconstitución del comunismo es una tarea de todos los comunistas. Nosotros somos solo una herramienta para relanzar un nuevo ciclo revolucionario. En el momento actual, el debate estratégico racional es una de las tareas fundamentales, que nos imponemos desde el Movimiento Socialista.

Este debate estratégico requiere, no obstante, de determinadas condiciones. Primero, debemos subordinarnos los imperativos de un buen debate, presentando las posiciones propias con sinceridad y atendiendo a los argumentos ajenos con honestidad, abandonando posiciones sectarias, dogmáticas, anticientíficas e irracionales. Segundo, debemos abandonar el patrimonialismo organizativo y las peleas de siglas. Las organizaciones inducen una determinada psicología que ve enemigos por todas partes, haciendo de diferencias tácticas cuestiones de principio e irrenunciables. Tercero, debemos abandonar debates escolásticos y exegéticos separados de las necesidades políticas actuales, intentando discutir desde la demostración lógica y práctica de los planteamientos más acertados. Esto no implica, como ya hemos explicado antes, olvidar nuestra historia, pero sí aproximarnos a ella de otra manera. Y, cuarto, debemos poner la unificación programática entorno al debate racional como primer paso para la unificación organizativa que permita generar grandes organizaciones comunistas. Esperamos que este texto haya servido para poner un grano de arena en esa dirección.

23. Esta aclaración puede parecer banal, pero los militantes de la CMI y la CRT han decidido etiquetarnos con un imaginativo concepto: autonomistas rojos. A estas alturas ningún lector atento pensará que apostamos por construir espacios liberados o vivir la pasión del comunismo fuera del sistema, ni mucho menos que ignoramos la centralidad estratégica de la destrucción del Estado burgués para la política comunista.